VII BIENAL NACIONAL DE LITERATURA
RAFAEL ZÁRRAGA
NARRATIVA - 2025

PRIMAVERA EN BUENOS AIRES

Olga Cortez Barbera



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

Primavera en Buenos Aires

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026

Primavera en Buenos Aires
© Olga Cortez Barbera

Corrección y edición
Nagdy Guevara Valecillo

Diseño de colección
José Gregorio Vásquez

Fotografía de portada
Olga Cortez Barbera

Diagramación
Sonia Velásquez

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2026 Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio.
Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58-212) 485.04.44
www.monteavila.gob.ve

Hecho el depósito de ley
Depósito Legal n.º DC2026000236
ISBN 978-980-01-2608-0

Olga Marina Cortez Barbera

Primavera en Buenos Aires

VII Bienal Nacional de Literatura
Rafael Zárraga
Mención Novela corta
GANADOR 2025

VEREDICTO
VII Bienal Nacional de Literatura Rafael Zárraga

Nosotros, Luis Britto García, Valentina Saa y Ennio Tucci, miembros del jurado de la VII Bienal Nacional de Literatura Rafael Zárraga, dedicado en esta edición a la novela corta, luego de haber evaluado las 79 obras participantes, acordamos conceder el premio único al libro *Primavera en Buenos Aires*, firmado con el pseudónimo Tel Bonito, por tratarse de una obra bien escrita, con una trama sólida sobre la resiliencia de la mujer, su perseverancia y la evaluación de sus propósitos en medio de los diversos conflictos. Una vez abierta la plica, su autora resultó ser Olga Marina Cortez Barbera.

Firmado en Caracas, a los veintitrés (23) días del mes de septiembre de 2025.

Luis Britto García Ennio Tucci Valentina Saa

¿En dónde con sus cantos está la primavera?

No pienses más en ellos sino en tu propia música.

John Keats

Era una mañana de esas que encendían el espíritu. Frente al ventanal, ella contemplaba el movimiento de la calle. El mismo de siempre, ni más ni menos. Sin embargo, todo le parecía lleno de un entusiasmo similar al que anidaba en su corazón. Como si las aves en la cornisa, los perros andariegos y la gente deseosa de llegar a su destino supieran que les esperaba, como a ella, la ventura que merecían por derecho. Ante sus ojos, el cielo se le antojaba de un azul inverosímil. En un arranque de cursilería, pensó que este se abría para abarcar el manojo de sentimientos que, en su pecho, le era difícil contener. La dicha, aquella con la que tanto había soñado, sin creerla posible algún día, ahora estaba al alcance de su mano. En esta ocasión, no permitiría que nada ni nadie le hiciera renunciar a ella.

Volvió al escritorio. Los análisis financieros estaban listos. Los guardó en la gaveta y apagó la computadora. Miró el reloj. Aún le faltaba un cuarto de hora para que finalizara su jornada laboral. A pesar de ello, tomó la cartera y las llaves del carro y salió de la oficina. No sin antes avisar que, posiblemente, tomaría la tarde libre. Con tantos años en la empresa, solo lo había hecho un par de veces, ambas obligada por emergencias familiares. Aunque

esta ocasión no lo era, sí representaba un acontecimiento de importancia vital. Había programado con esmero cada detalle de sus próximas vacaciones. Estaba plenamente convencida de que todo saldría como esperaba. Tenía excelentes motivos para celebrar.

Detrás del volante, tarareaba alegremente. Había hecho la reserva en uno de los mejores restaurantes de la ciudad, famoso por su selecta variedad gastronómica. Un lugar que ella solo se permitía en ocasiones especiales. Esta era una de ellas. La emoción le bloqueaba el apetito. Pensó que sería una pena que no le permitiera disfrutar de las delicias culinarias. No obstante, frente a sus expectativas, ese detalle no representaba la menor importancia. Sonrió. En un par de semanas, estaría tomando el avión que la llevaría al viaje de sus ensueños.

El anfitrión la condujo a la mesa. Ella suspiró; su invitado aún no había llegado. No tenía por qué preocuparse. Si a él algo lo caracterizaba, era su gran sentido de la puntualidad. En pocos minutos, lo vería entrar por la puerta. Mientras lo esperaba, repasó el cronograma: buscar el pasaporte, comprar los boletos, elegir el hotel y preparar las maletas. Ella contaba con un mes de vacaciones. ¿De cuánto tiempo disponía él? Estaba a punto de saberlo porque, en ese momento, lo vio entrar. Se acercó con la sonrisa y el cariño de siempre, como garantías de que todo estaba bien entre ellos.

Apenas se sentó, ella comenzó a hablarle sobre sus planes, con una alegría que casi lindaba en lo infantil. Era la oportunidad de hacer el viaje que siempre imaginaron y que las circunstancias no les habían permitido. De visitar lugares encantadores, alejados de las responsabilidades

y la rutina. De nuevas experiencias y de compartir un mundo excitante, solo para los dos. Él no tendría nada de qué preocuparse, porque ella se había encargado de organizarlo todo. Solo requería que la acompañara a la agencia para terminar de planificar el *tour*. No quiso decirle que de ese viaje estribaba, a pesar del gran amor que sentía por él, el futuro de una relación que ya estaba comenzando a hundirla en el pozo profundo de la inercia y el aburrimiento.

I

A Fabiana le costaba encontrar las palabras para comenzar a contar su propia historia. Ella no era una escritora; jamás había escrito otra cosa que no fueran informes de auditoría. Sin embargo, estaba tan emocionada por lo que le había sucedido en los últimos tiempos, que creyó necesario redactar una especie de testimonio sobre lo que el destino le estaba obsequiando. Quería tenerlo a mano, en esa insondable mañana, por si a la memoria infiel le daba por olvidar los detalles con el paso de los años. Momentos como esos eran para conservarlos ajenos a las secuelas de la edad. Tal vez, esas cosas pasaban más de lo que podía suponer y no abarcaban relevancia alguna. Para ella, a mediados de sus cuatro décadas de existencia, cuando el hastío le había transformado la vida en una galería de fotografías en sepia, esos momentos afloraron para llenarla de esperanzas y darle la posibilidad de trazar nuevos sueños.

Antes de que el mundo le mostrara su carcaj lleno de sorpresas, prestas a flecharle el alma y la consciencia, daba por sentado lo bien que le había resultado todo: el título universitario, el empleo bien remunerado y el mejor de los hombres a su lado. Después de haber crecido dentro de un balón lleno de restricciones, ¿qué más podía desear?

Bastante le había costado reventarlo para volar hacia la conquista de sus deseos. El trayecto no estuvo libre de guijarros bajo los pies descalzos. Había sido fecundada en una época en que sus padres no necesitaban enfrentarse a los compromisos y a las preocupaciones por la crianza de un nuevo hijo.

Crecer entre hermanos grandes la sumergió en una niñez solitaria, rodeada de unas personas que habían perdido el sentido de las travesuras infantiles. Nada de amigos, niños que pudieran interrumpir la santa serenidad de aquel hogar. Con todo, se las arreglaba para dejar correr sus fantasías, hasta que le ordenaban dejar de hacer ruido. En esa inmensidad de incomprensiones, ¡cuántas veces creyó que la luna se ocultaba detrás de las nubes para no escucharla hablar sobre aquello que tanto la confundía! Porque su cuarto, huérfano de cariños, se poblaba de espantos en esas noches donde aprendió lo que significaba tener miedo. ¿Qué había hecho ella para que su familia no la quisiera?

Como si eso no fuera suficiente, tuvo que enfrentar el hecho de que sus hermanas decidieran estudiar fuera del país, y que su hermano contrajera matrimonio al poco tiempo de irse ellas. En el curso de la adolescencia, esas circunstancias profundizaron su aislamiento. Entre las habitaciones vacías y unos padres concentrados en los achaques de la edad y de sus propios intereses, ella braceaba en un pozo de inseguridades que la sumergía en frecuentes estados de depresión. Nadie le había proporcionado las armas para fortalecerle el carácter. Qué mejor que abandonar una vida que no tenía sentido. El espíritu de sobrevivencia amortiguaba esos pensamientos.

En el liceo encontró algo de consuelo. Aunque alejada de los grupos de estudiantes, podía sentirse menos aislada, observando lo que sucedía en su entorno. Con su aspecto simple, casi desaliñado, le era imposible no sentir algo de envidia por aquellas jóvenes entusiastas, que tan bien se adaptaban a las pautas de los nuevos tiempos. Desde su rincón, soñaba en ser como ellas, modernas y espontáneas, alegres y despreocupadas, compartiendo un universo en el que suponía jamás sería aceptada. En medio de esas circunstancias, sus compañeros no tardaron en percatarse de la joven que intentaba, por todos los medios, pasar como una mota de polvo arrastrada por el viento. Sus excelentes calificaciones se convirtieron en un motivo más para fastidiarla. Las tímidas y sabihondas no tenían cabida en sus fiestas y diversiones.

La universidad llegó para convertirse en una suerte de escape. Para entonces, las burlas e indiferencias ya no la lastimaban tanto. En cierto modo, la habían endurecido. Fueron unos años en los que disfrutó de una relativa libertad. Poniendo los estudios como justificación, podía salir de casa muy temprano y regresar al atardecer. Para su infortunio, cuando se graduó, las cosas comenzaron a complicarse. Sus padres iban perdiendo autonomía, la habilidad de valerse por sí mismos. Como consecuencia, nada más encontrar empleo, se vio obligada a compartir el tiempo entre ellos, el cuidado de la casa y los compromisos laborales. Fabiana, en su claustro emocional, se sentía cada vez más anodina.

En realidad, no recordaba si en alguna ocasión había sido, aunque fuera por un momento, un espíritu vibrante, el alma de la fiesta o, simplemente, una muchacha alegre. ¿Cómo serlo, si no se le permitió experimentar,

como correspondía, las locuras propias de la juventud? De los aciertos y desaciertos que la llevaran a continuar el camino, a caer y aprender a levantarse. En medio de esas circunstancias, el esplendor de sus primaveras se fue derritiendo, como velas en un altar, frente a las miradas impávidas de sus familiares.

II

En un mundo sin alicientes para ella, no era extraño que se hubiera convertido en un ser retraído y colmado de complejos. Atravesar las encrucijadas de la vida, entre los prejuicios familiares y las constantes prohibiciones, no le habían abonado el terreno para sembrar relaciones románticas apropiadas. Los jóvenes que se sentían atraídos por su encantadora timidez, no tardaban en alejarse para no terminar muertos de tedio. Fabiana, sin una conversación amena y sin dejar de mirar la hora, rompía el encantamiento cuando comentaba que le urgía volver a casa para que no la castigaran por llegar tarde. Con ello, no les daba la oportunidad de mostrar la sensibilidad e inteligencia del ser humano que se ocultaba detrás de su apariencia pueril.

Le dolía constatar que esa situación la iba alejando de sus más grandes deseos. Porque ella quería tener amigos, relaciones amorosas, sentirse profundamente amada y recibir un anillo de compromiso para poder lucirlo, con orgullo, a todos los que creían que no era digna del amor. Imaginaba que la sortija en el anular era la única vía para romper las cadenas de su cautiverio. No era de extrañar que cada noviazgo roto se irguiera como un pendón más del fracaso, incidente que engrandecía su amargura y la certeza de que los grandes amores estaban vetados para ella.

A pesar de todo, no desistía de sus sueños. En el silencio de sus insomnios, fantaseaba con el matrimonio y los hijos. Quería lo mismo que disfrutaban sus hermanas, a la postre, ya casadas. Solían contarle, cuando eventualmente se acordaban de llamarla telefónicamente, sobre lo maravilloso que eran sus matrimonios y lo bien que se sentían con sus roles de madre. A Fabiana le brotaban las preguntas: *¿Por qué mis hermanas sí pueden ser felices*? *¿Qué tienen ellas que yo no*? *¿Mi alma gemela se encuentra fuera de este país, como se encontraban las de ellas*?

Esas preguntas la obligaron a evaluar su vida. ¿Qué podía detenerla en la búsqueda de su felicidad? ¿Acaso no era capaz de luchar contra lo que la hacía tan desdichada? ¿Por qué no seguir el ejemplo de sus hermanas? No titubearon cuando se decidieron a tomar el rumbo de sus propios destinos. Ella también podía hacerlo. ¿Cómo? Amándose a sí misma y aprendiendo a superar los obstáculos, como lo recomendaban los libros de autoayuda que, hasta esos momentos, le habían parecido baladíes.

La ilusión de abandonar su opaca vida floreció, cual ramillete de hortensias, para sumergirla en un estado de euforia, nunca antes experimentado. En ocasiones, le sorprendía escucharse cantar, mientras fregaba los platos o humedecía los helechos. Le importaban poco los comentarios a sus espaldas: ¿A esta que le picó? ¿Se volvió loca? Ella sonreía, con una sonrisa auténtica que emergía de lo más profundo de su alma. Lo tenía todo para llevar a cabo los planes de emigrar a otro país. La ausencia de vanidad y de compras compulsivas le habían proporcionado una base monetaria suficiente para mantenerse por un buen tiempo.

No ignoraba la responsabilidad de cuidar a sus padres. Podía resolverlo, transfiriéndola a su hermano. Contaba, además, con el lugar adecuado para mudarse. Era una ventaja disponer de la ayuda de sus hermanas. Solo tenía que comprar un boleto a España y hacer las maletas. Después de conversarlo con ellas, lo haría con el resto de la familia. Contenta y confiada, levantó el auricular:

—Hermana, tengo una noticia que darte.

—¿Qué? ¿Te ganaste el Loto?

—Déjate de bromas.

—Dime, pues.

—Estoy concibiendo la idea de irme a vivir con ustedes.

—¿Cómo es eso?

—Que me cansé de esta vida. Quiero cambiar de ambiente.

—¿Te volviste loca?

—¿Por qué?

—Por muchas cosas. ¿Tú crees que aquí todo es así de fácil?

—Te aseguro que será por poco tiempo, hasta que consiga un trabajo y…

—¡Ja!, solo a ti se te puede ocurrir algo así.

—¿Por qué dices eso? Creo que tengo el mismo derecho.

—¿Contando con nosotras? ¡Qué lindo! ¿Ya se lo dijiste a nuestros padres?

—No, preferí hablarlo antes con ustedes.

—Escucha… No puedes tomar una decisión de esa magnitud contando con otros.

—Pero ¿acaso no son mis hermanas?

—Yo no estoy de acuerdo. ¿Dónde te alojaríamos? Con los niños y nuestros apartamentos tan pequeños….

—¡Espera! No necesito mucho espacio. Un rincón y una colchoneta serán más que suficientes. Ya te lo dije, solo hasta que encuentre un empleo.

—¿Y si no lo consigues? ¿Ya pensaste con quién dejarías a papá y a mamá?

—Con nuestro hermano, por supuesto. Él jamás ha hecho algo por ellos. Que le toque ahora, me parece que sería lo justo.

—¡Estás delirando! ¿Acaso no te das cuenta de que él debe dedicarse a su propia familia? Tú, ni siquiera un novio tienes. Déjate de inventos. Tu deber es quedarte allá.

—Pero…

—¡Nada de peros! Dime, de verdad, ¿eres tan inconsciente que no te importaría abandonarlos? ¡No seas cruel! ¡Piénsalo mejor! Nosotras estamos lejos y no podemos hacer nada al respecto.

III

La charla fue como un bofetón en el alma, un finiquito a sus ilusiones. Sin embargo, logró que algo estallara dentro de sí. La determinación de cambiar, con o sin sus hermanas, su apático presente por un futuro colmado de nuevas experiencias. El deseo de respirar otros aromas, descubrir los sonidos y colores de una vida distinta. No iba a ser tan sencillo, como lo imaginó en un principio. Ahora tendría la obligación de planificar con más raciocinio y menos corazón para que el proceso no se le hiciera tan complejo. El punto álgido lo personificaban sus padres, porque si su hermano se negaba a cuidarlos…

No iba a comenzar poniendo pedruscos en el camino. Ya encontraría la forma de convencerlo. En todo caso, nada le costaba contratar, cuando llegara el momento, los servicios de una persona cualificada. La idea no era nueva; ya le había rondado por el cerebro. Sus padres no eran ajenos a las acometidas del tiempo. Cada día le resultaba más difícil lidiar con el progresivo deterioro de sus condiciones físicas.

Los sueños de poder abandonar su casa iluminaron su mirada. Las compañeras de trabajo no dejaron de notarlo:

—Fabiana, hoy luces diferente. ¿Qué te hiciste?

Ella respondía con una media sonrisa. Necesitaba ser prudente. Sus planes no eran para compartirlos. No quería que la envidia o la incredulidad anularan la dicha que la embargaba. Fabiana era supersticiosa. Le inquietaba que, por andar de boca floja, esos planes no pudieran concretarse. La oficina, antes fría y monótona, se convirtió en un pequeño edén para imaginar los escenarios de su nueva vida. En ocasiones, la computadora se quedaba esperando, mientras que ella, mirando por la ventana, se hundía en el ovillo de sus ensueños.

En casa pasaba las horas averiguando qué países ofrecían las mejores condiciones para el inmigrante. El mapamundi desplegaba sus brazos: Ciudad de México, Londres, Praga, Japón… Ciudades tan llenas de encanto y misterio. En un arrebato de romanticismo, decidió que París, la ciudad del amor, era el lugar perfecto para encontrar lo que tanto anhelaba. El idioma no era un problema. Con inscribirse en un instituto y aprender a hablar francés, era suficiente. Un prometedor porvenir le aguardaba al otro lado de la frontera. No consideró que las deidades del destino eran caprichosas. Solían derribar, como a pinos de boliche, las más nobles intenciones.

Después de dos largos años, estimó que le había llegado el momento de llevar a buen fin lo que ella denominó su novedoso plan de vida. En ese lapso pudo haber ignorado las circunstancias especiales que la rodearon, como lo hicieron sus hermanos. La salud de sus padres poco les preocupó. Ella siempre había sido la menospreciada de la familia. Sin embargo, nunca se dejó invadir por sentimientos mezquinos. Aunque dominada por la tristeza que le

ocasionaba el rechazo, le era imposible dejarse dominar por el rencor. En aquellas circunstancias, consideró que el deber de toda hija era responder en consecuencia. Cuando su madre fue víctima de una enfermedad incurable y le pidió que no se apartara de su lado, decidió guardar las maletas.

Después del fallecimiento de su mamá, a su papá se le hizo insoportable la soledad. Cincuenta años de matrimonio le dejaron una herida abierta. Huraño, como nunca, actuaba como si nadie más viviera con él. Pero, el tiempo y el vacío del alma, suelen forjar imprevistas reacciones. Una tarde, le dijo a su hija, como lo había hecho su esposa en la languidez de su vida, que no lo abandonara en un caserón que sentía repleto de sombras y de olvidos. Poco a poco, fueron construyendo el puente hacia la reconciliación. El hombre, una vez severo y distante, se convirtió en alguien comprensivo y, a su manera, cariñoso. A medida que fue pasando el tiempo, pudo entender que su hija, la menor de todos sus hijos, merecía las mismas oportunidades:

—Fabiana, haz lo que quieras hacer. No te preocupes por mí; sé cuidarme solo. En todo caso, cuando se haga necesario, puedo irme a un asilo.

—Esta es tu casa, papá, y no tienes por qué abandonarla.

Ahora todo estaba encaminado: su papá con una cuidadora, el trabajo casi al día y la carta de renuncia en un archivo de la computadora. Nada más le faltaba colocarle la fecha y entregarla a su jefe inmediato. Luego, con el pasaporte en mano, iría a la agencia de viajes para comprar los boletos. En unas cuantas semanas estaría cruzando los cielos hacia su nuevo destino. En eso meditaba cuando su secretaria le anunció que debía asistir a una reunión en la

sala de juntas. El gerente de contabilidad y finanzas, que había renunciado unos días antes, necesitaba presentarle a su sustituto:

—Fabiana, desde hoy, Alejandro Villegas tomará mi lugar.

IV

Nunca estuvo en los planes de Fabiana enamorarse de un compañero de trabajo, casado y, para remate, con hijos. Ni imaginó que, a causa de las emociones que él le inspiraba, pudiera dar marcha atrás a todo lo que había planificado, durante tanto tiempo y con tanto ahínco. Sin embargo, allí estaba ella, alargando la fecha del vuelo hacia el país de sus esperanzas, sin entender que mientras más tardara, más difícil se le haría separarse de quien ya le estaba robando el sueño. Previo a esas circunstancias, las relaciones clandestinas siempre le habían parecido vulgares y pecaminosas. Con Alejandro pudo comprobar que ese sentimiento mágico, imprevisto e inevitable, que ella imaginaba era el amor, poseía la fuerza suficiente para conciliarla con la transgresión de sus principios, con el dolor y lo inadmisible.

La necesidad de estar juntos creció entre las jornadas laborales, las horas extras y los informes que debían realizar en conjunto; con el consumo de las comidas rápidas, luego de dejar la oficina; entre las conversaciones, cada vez más íntimas, mientras él la llevaba a casa. Alejandro, consciente de su situación, mantenía una prudente distancia. Empero, el amor y el deseo no se pueden ocultar.

Ella trató de hacerlo, sin ningún resultado. ¿Cómo permanecer impasible cuando, por primera vez, sentía lo que era ser tratada con deferencia? ¿Cuál era la forma de ignorar una ternura tan distinta a la habitual cortesía entre compañeros de trabajo?

Frente al espejo, no dejaba de preguntarse cómo podía él sentirse atraído por una mujer tan sencilla. Entonces, ella que siempre estuvo alejada de los dictámenes de la moda, sucumbió, de repente, a la necesidad de mejorar su apariencia personal. Con cada compra de ropa se agudizaban sus conflictos. Quería que Alejandro olvidara esa imagen que nunca necesitó de boutiques y salones de belleza. ¿Solo era eso? ¿Por qué no aceptar lo evidente? La razón era simple, se estaba enamorando. Aunque moría por tener algo con él, los prejuicios se elevaban para recordarle que ella era una mujer decente. Y la decencia no tenía cabida en los antros de la perdición.

Por eso, necesitaba mantenerse firme, indiferente a los pensamientos indignos. La solución era fácil: buscar empleo en otra empresa. Apenas sentía a Alejandro cerca, en vez de cumplir con su propósito, sentía que sus pies daban un paso más hacia el abismo. Podía tomar otra medida: comprar los boletos e irse a París. Quizás, el tiempo y la distancia eran las medicinas que ella necesitaba para sanar del mal que le estaba consumiendo cuerpo y alma. Ese pensamiento terminó por parecerle una insensatez porque creía que el amor por ese hombre, que no solo le estaba ofreciendo su amistad, era un campo magnético del cual le era imposible escapar.

Si ella se hubiera enamorado sola, seguramente, no le hubiera quedado otro camino que sufrir en silencio, como

lo había hecho con aquellos romances que terminaron, casi antes de comenzar. Aquellos sentimientos no eran comparables a los que ahora experimentaba, por lo que suponía que desprenderse de ellos le iba a costar mucho más. Sobre todo, si le agregaba lo que le decía la intuición. La mirada de Alejandro expresaba todo lo que ella había anhelado para sí, sin que él tuviera que emitir una palabra. Ella trataba de evitarlo, sin ningún resultado. Los informes urgentes aparecían por doquier.

Los fines de semana se convirtieron en martirizantes consuelos. Por un lado, era una tortura estar separada de él. Por el otro, un descanso que le permitía una relativa tranquilidad. Si bien era cierto que le hubiera gustado consumirse en el infierno por él, también lo era que se alegraba cuando, en la paz de su habitación, podía permitirse la oportunidad de recuperar algo de cordura. Una tarde, cuando escuchó la bocina del automóvil de Alejandro, el cuerpo se lo dijo todo. Comprendió que solo le faltaba dar un paso para rodar por el precipicio. Si salía de su casa y se iba con él, lo más seguro era que perdiera, para siempre, el rumbo hacia su paz interior.

V

La conversación telefónica le produjo a Alejandro Villegas una gran satisfacción. Él había esperado un par de semanas por esa llamada. Era la oportunidad de trabajar donde tanto había deseado. La primera sensación, al atravesar los pasillos de la empresa, fue de armonía y prosperidad. El personal le pareció educado y amigable. Supuso que sería muy productivo prestar sus servicios en un consorcio de tal categoría. Estaba dispuesto a permanecer allí hasta la hora de su jubilación. Hubiera conservado su empleo anterior si no se hubiera visto obligado a mejorar sus condiciones económicas. Antes de entrar a la sala de juntas, respiró profundo, convencido de que nada ni nadie podía perturbar el futuro que planeaba para su esposa y sus hijas.

Frente a una taza de café, Alejandro esperaba por la contadora de la empresa, la que pasaría a ser su nueva asistente. Una joven, evidentemente cohibida, entró por la puerta y se dirigió directo al otro extremo de la mesa de reuniones. Él supuso que era una secretaria con la tarea de tomar notas. Sin esperar un segundo, el gerente abandonó su asiento para presentarla:

—Conozca a quien, de hoy en adelante, se convertirá en su mano derecha.

—Fabiana Rangel, a sus órdenes —dijo ella, con una voz dócil, casi inaudible.

Alejandro disimuló su sorpresa. La timidez de aquella persona contrastaba con la idea que se había hecho sobre la contadora, experta y eficaz que le habían recomendado como la mejor del equipo. La imaginó autosuficiente, comunicativa, no como aquella criatura que parecía decidida a no hacerse notar. Consciente de que las apariencias, a veces, engañan, decidió darle la oportunidad de demostrar su profesionalismo. Decisión acertada porque, en poco tiempo, pudo comprobar que Fabiana, entre números e informes, volaba como ave, entre el suave vaivén de los vientos. De retraída y callada, se convirtió rápidamente en una colaboradora inteligente y locuaz.

Aquello no era motivo para experimentar algo más que no fuera un celaje de compasión por quien suponía dueña de una vida gris. Sin embargo, las largas jornadas juntos fueron dando paso a una buena amistad. En consecuencia, Alejandro comenzó a sentirse cómodo para hablarle sobre su familia, el gran ser humano que era su esposa y lo especial que eran sus hijas. Le fascinaba la atención silenciosa que parecía capaz de entenderlo en cualquier situación que él le planteara. Fabiana le despertaba tal grado de confianza que, a veces, le contaba cosas que a nadie más.

A la vez, en la línea de sus exposiciones, él fue despojándola de aquella barrera que la hacía inaccesible, sin necesidad de apresurarla o vulnerarle sus reservas. Gradualmente, logró que los secretos y anhelos de aquella joven mujer siguieran el camino hacia la liberación. Así entró él en los confines de su alma, permitiéndole comprender

que su valiosa asistente era, además, una mujer sensible y humanitaria, con ciertas señales de desamparo. Tal vez, ella no había podido encontrar la brújula que la condujera a la conquista de su propia felicidad. Si él no estaba facultado para hacer algo al respecto, al menos podía protegerla y ayudarla, como un hermano o un buen amigo.

Esos sentimientos no permanecieron estancados. Lo que a él le había parecido algo propio de una sincera amistad, se le fue transformando en una necesidad de sentirla a su lado. Ya no le eran suficientes las horas extras en la oficina, ni las cenas tardías, antes de dejarla en su casa. Alejandro, quien se vanagloriaba de su monogamia, frente a familiares y amigos, se vio invadido por nuevos pensamientos. Quería realizar con ella esas fantasías que fueron quedando sumidas en la rutina hogareña. Eso lo hacía sentir mal. La culpabilidad lo obligaba a prometer que jamás traicionaría a su esposa, quien le daba a diario amor y lealtad. La pasión es un potro salvaje que no se deja someter. Por más que puso resistencia, lo que sentía por Fabiana no dejaba de palpitarle en cada átomo de la piel. Un sabatino atardecer, tras dar una excusa cualquiera, abandonó la santidad de su hogar para ir a buscarla.

VI

El romance comenzó de una manera franca entre los dos, sin la necesidad de promesas ni falsedades. No obstante, les era imposible apartar los remordimientos. Fabiana trataba de convencerse de que lo que se hacía por amor estaba más allá del bien y del mal, como lo planteaba Nietzsche, el filósofo alemán. A pesar de ello, sentía que traicionaba los valores y principios que habían conformado su existencia. Atrás quedaban sus ilusiones de caminar libremente por las calles, tomada de la mano de su esposo y en compañía de sus hijos. Le embargaba la angustia por solo imaginar lo que dirían familiares y amigos, si se enteraban de una relación que, a toda costa, mantenía en secreto. Se engañaba diciéndose que, con una estricta discreción, no era posible que se descubriera. Se asía, además, a la esperanza de la cortedad de ese tipo de amoríos, como solía suceder en la vida real.

A pesar de lo que le inspiraba Fabiana, Alejandro creía que todo era una aventura sin futuro. Esperaba que la pasión se les consumiera antes de poner en riesgo la estabilidad matrimonial. Sabía que su conducta no era apropiada, pero ¿qué podía hacer si la llevaba en cada pensamiento y en la sangre que corría por sus arterias? A veces, cuando

la culpa lo golpeaba, se prometía encontrar la forma de no lastimarla. En medio de sus dilemas, siempre predominaba su interés por la tranquilidad de su familia. Ambos tenían que ser cautelosos. Confiaba en que el tiempo apagaría las llamas pasionales que tanta dicha les proporcionaban. En contra de sus propósitos, cada vez que la hacía suya, la amaba un poco más.

Comenzó a extrañarla, traspasando los límites de lo conveniente. Como un forajido, aprovechaba cualquier oportunidad para correr a sus brazos y rendirse a sus caricias. Porque con ella a su lado, los sentidos se les sumergían en nuevas dimensiones. En Fabiana encontraba la libertad de amar de maneras insospechadas, sin temor a obligaciones o consecuencias imprevistas. Ambos entendían la necesidad de no dejar huellas de aquel amor incondicional. Un hijo con ella no entraba en sus planes, por mucho que ambos lo desearan. ¿Cómo explicar lo que a él le estaba pasando? ¿Acaso era posible amar a dos mujeres a la vez, como lo expresaba la letra de la canción?

El tiempo, con el que contaba para dejar de quererla, se le puso en contra porque, a medida que este transcurría, sus sentimientos por Fabiana se agigantaban. De pronto, se imaginó compartiendo las noches con ella, construyendo nuevos mañanas para los dos. Eso no se traducía en el abandono de sus responsabilidades hacia su esposa y sus hijas. No era el primer hombre que se divorciaba para formar una nueva familia. Después de cinco años de amores clandestinos, creía que era el momento de contarle, a Fabiana, las ideas que llevaba en la mente. Una noche de luna inmensa, de pocas nubes y muchos grillos, le preguntó:

—¿Has pensado lo que sería de nosotros si viviéramos juntos? ¿Qué te parece si lo hacemos de una vez?

La mirada de Fabiana lo conmovió. Un destello de esperanza, antes nunca visto, apareció para embellecerla. Porque se había acostumbrado a aquellos ojos amorosos, comprensivos y resignados. Llenos de un silencio que lo decía y lo guardaba todo. Incapaces de un reproche por las ausencias en los fines de semanas y en las fechas importantes. Ella era así, capaz de entregarse hasta el infinito, sin esperar nada a cambio. Cada momento que él podía darle era suficiente para ella. Ahora, con la propuesta de mudarse con él, estaba seguro de que la haría muy feliz. Pero, al ver que el destello de esperanza desaparecía rápidamente, entendió que no era así:

—Mi amor, ¿cómo vamos a cultivar nuestra felicidad sobre el sufrimiento de tu familia?

VII

No es que a Fabiana le hubiera disgustado la propuesta; al contrario, jamás se había sentido tan conmovida. Solo que ella no fue criada para andar destruyendo matrimonios. Las hijas de Alejandro aún eran unas niñas y ella no estaba llamada a dejarlas sin el amor de su padre. Sobre todo, cuando ella había experimentado, de alguna manera, lo que eso significaba. En este caso, unos padres en constante antagonismo, a consecuencia de un divorcio, no era lo que necesitaban las niñas para su salud emocional. Por otro lado, percibía lo que podía generar las consecuencias de casarse o vivir con él. No estaba segura de sentirse cómoda cuando tuviera que cambiar los planes con ella para acudir al llamado de sus hijas. Porque su deber de padre era protegerlas, estar presente cada vez que ellas lo requirieran.

Alejandro trató de convencerla en vano. Frente a los argumentos, él entendió que no era correcto abandonar a su familia, sobre todo, cuando sus hijas más lo necesitaban. Fabiana sabía que rechazar su propuesta implicaba seguir entregando su juventud a un hombre que jamás sería suyo. Porque, por más que él le prometiera que cuando sus hijas crecieran, volverían a hablar de una vida en común, no

lo creía posible. Vislumbraba que su esposa siempre estaría con él. Sin embargo, ella trataba de no darle mucha importancia a esa situación. Su amor era así, profundo y abnegado. El tiempo, siempre el tiempo, fue llevándola a cruzar las sendas de otra historia.

Las hijas de Alejandro, ya unas señoritas, se fueron convirtiendo en las ataduras para una relación que se había alimentado con los paseos en automóvil, las buenas películas en el cine y las conversaciones de sobremesa en los pequeños restaurantes donde eran comensales frecuentes. El temor de Alejandro a tropezar con sus hijas en cualquier lugar le obligó a reducir, progresivamente, sus salidas con ella. Lo que al principio le pareció a Fabiana lo más conveniente, se fue transformando en otra cosa: un hastío que le hacía añorar lo vivido antes con él. Todos los días eran lo mismo, desde que, años atrás, ella comenzara a trabajar en otra empresa: recibirlo a las seis de la tarde con la cena hecha, conversar sobre cualquier cosa y hacer el amor cuando correspondía. Esa situación la llevó a hacerle preguntas:

—Mi amor, ¿cuándo volveremos a salir? ¿No te hace falta respirar otros aires? ¿Te agrada tanto encierro?

—Quiero complacerte, pero, por ahora es preferible no provocar al diablo.

En la agobiante soledad, con un padre que vivía dormitando sobre el diván de su larga existencia, ella se preguntaba qué había pasado con aquella joven que una vez intentó retar al destino. Cuando decidió ir tras un mundo que le auguraba la posibilidad de un futuro a la medida de sus sueños. ¿Cómo sería su vida ahora? ¿Totalmente distinta al desconsuelo en el que naufragaba? ¿Era importante

cifrar sus preocupaciones por lo que pudo haber sido y no fue? ¡Por supuesto que no! Solo que le gustaba perderse, de vez en cuando, en las ilusiones del ayer. Un poco para matar el aburrimiento y la resignación.

En cuanto a los planes de vivir juntos cuando sus hijas crecieran, solo eran tristes referencias de una ilusión destinada a no cumplirse. Ella dejaba que Alejandro describiera todas las ideas que llevaba en el corazón, esperando que se cumplieran algún día. Un día que parecía perderse entre el paso de los años. Ya no eran los jóvenes de ayer. Eran un hombre y una mujer que se preparaban a la realidad de una edad que limitaba el cumplimiento de los más ansiados sueños. Nada perdía con escucharlo porque nunca cifró su ventura sobre esa vaga esperanza. Solo que ahora algo había cambiado en ella, que no la dejaba en paz: la incertidumbre de si, por monotonía y cansancio, a él le daba por abandonarla.

Recordó las palabras de Mariana, la buena compañera de trabajo que le aconsejaba apartarse de un amorío que no la llevaría a ninguna parte. «Los hombres casados, difícilmente, abandonan a sus mujeres», repetía con frecuencia. «Tú eres una mujer que merece a alguien que te respete y pueda ofrecerte un futuro». Fabiana la escuchaba entre el escepticismo y la angustia. Alejandro le prometía no separarse nunca de ella… Las promesas eran para romperlas… Frente a estos pensamientos predominaba un amor inconsciente que le susurraba al oído: cualquier sacrificio vale la pena, si eso te permite estar con él.

VIII

Alejandro no ignoraba lo que le sucedía a Fabiana. Sin embargo, pesaba más su reputación frente a sus hijas. Para ellas, era el padre modelo que jamás las traicionaría, ni a ellas ni a su madre. A esas alturas, ya no poseía las energías para luchar por una promesa que, sin proponérselo, se iba quedando atrás: cuando mis hijas crezcan… No por ello la quería menos. Estaba dispuesto a conservar a esa mujer hasta el fin de sus días, salvo que el destino tuviera otros planes. Le apenaba verla entristecer, cada vez que se despedían, como si la distancia comenzara a extender una sombra de pesimismo sobre una relación que otrora fuera tan maravillosa. ¿Qué hacer al respecto?

La solución apareció de una manera fortuita. El tráfico en la autopista era insoportable, por lo que decidió tomar otra ruta. Las condiciones en las avenidas eran casi las mismas, la cola de vehículos, lenta; el sonido de las bocinas, estridente. Estacionó el carro a un lado, con la intención de relajarse frente a una buena taza de café. La venta de mascotas atrapó su atención. Detrás de la vidriera, un cachorro de orejas largas meneaba la cola. Decidió entrar a la tienda, sin un propósito determinado.

—Buenas tardes. ¿Podría decirme cuál es la raza de ese perro?

—Es una perrita *basset hound*. Apenas tiene tres meses. Si se la lleva, tendrá en su casa a una fiel y noble compañera. Le aseguro que no se arrepentirá.

Al tenerla entre sus manos, Alejandro sintió la fragilidad de una criatura que, claramente, necesitaba cuidados y protección. Observándola con detenimiento, creyó ver en la dulce mirada algo del apremio y la melancolía que se iba apoderando de los ojos de Fabiana.

¿Por qué la analogía? ¿Acaso un designio misterioso le había desviado del camino a su casa? Tal vez el objetivo era que tropezara con esa mascota, que bien podía apaciguar las soledades de la mujer que lo amaba desde hacía tantos años. Era un absurdo pretender cubrir sus ausencias con un animal. No obstante, intuía que en algo podía ayudar.

Con la perrita a su lado, meditó sobre la trayectoria de su relación con Fabiana. Solía prometerle que, más adelante, tomaría la decisión de irse a vivir con ella. Creyó y seguía creyendo que esa posibilidad estaba allí, esperando un golpe del destino para cumplirla. Cuando sus hijas formaran sus propias familias, llegaría el momento esperado durante tanto tiempo. Su matrimonio oscilaba entre la costumbre y la indiferencia. Suponía que a su esposa también la había alcanzado el hastío. En todo caso, si no podía cumplir con su promesa, no pasaba nada. La responsabilidad era de Fabiana, que siempre se negó a hacer vida con él. Presumía, con algo de ligereza, que sus quejas eran el producto de sus cambios hormonales. Solo debía tenerle paciencia.

IX

Le pusieron el nombre de Luna. La graciosa perrita llegó a Fabiana como una fuente de agua fresca en el desierto de sus días. Entró por la puerta con la simple intuición de que había llegado a su nuevo hogar. Poco le incumbía si la casa era bonita o fea, grande o pequeña; solo necesitaba un espacio donde dormir tranquila y un buen plato de comida. El lugar de donde venía no era de su agrado. Sobre todo, cuando los dejaban solos en la oscuridad. Muchos perritos, como ella, querían que alguien se los llevara. Por eso, cada vez que una persona entraba a la tienda, meneaban la cola, llenos de esperanza. Cuando aquel hombre la tomó en sus brazos, entendió que al fin había encontrado quien la cuidara para siempre.

Le sorprendió que el hombre la dejara en manos de una extraña que la veía como a un bicho raro. Ladró para que no la dejara con ella; él le sonrió y se fue. En el corto tiempo que permaneció a su lado, ya había empezado a amarlo, como solo los perros tenían la honestidad de hacerlo. Le gustó el timbre de su voz, aunque no le entendió una palabra. También, la forma como la miraba y le acariciaba las orejas. Seguramente, era un buen tipo con el que podía llevarse muy bien. Le proporcionó tanta seguridad,

que no dudó en subirse a sus piernas y quedarse completamente dormida. ¿Cómo no ofrecerle su eterna lealtad?

Ahora él se había ido. Comprendió, entonces, que su deber era adaptarse a su nueva realidad, entre aquellos cuartos vacíos y un hombre se la pasaba todo el tiempo descansando. De vez en cuando, él la invitaba a subir a su mecedora para hacerle mimos y darle un trocito de lo que estuviera comiendo. Eso le gustaba mucho. Para su suerte, la extraña dejó de serlo rápidamente. Con un solo lametón, logró arrancarle una sonrisa y la ternura de su corazón. Se hicieron inseparables. Se les veía juntas a toda hora. La mullida cama que le habían comprado quedó relegada en un rincón desde el mismo momento en que ella la invitó a dormir en la suya.

El hombre que la rescató venía casi todas las tardes. Le gustaba esa pareja que la quería y la sacaba a pasear. A veces, se les veía muy contentos. Otras, algo tristes o molestos. Cuando este era el caso, él la abrazaba y le decía palabras que le regresaban a la normalidad. Ellos eran sus padres humanos y hacían todo lo posible para que ella fuera muy feliz. ¡Vaya que lo era! Había tantas cosas con qué jugar y pasarla bien que, sin darse cuenta, traspasaba los límites. Las prefería más que a los juguetes que le compraban a cada rato. Su humana no tardaba en reprenderla; a los pocos segundos sonreía y la llenaba de arrumacos.

Acostumbrada a que todo lo que hacía era una gracia, se convirtió en una cachorra testaruda y desobediente. Eran suficientes sus miradas de perrita que no rompe un plato para que le perdonaran sus travesuras. En contrapartida, destilaba una ternura imposible de ignorar. A medida

que transcurrían las semanas y no se comportaba, Alejandro y Fabiana se vieron obligados a encontrar la forma de educarla. Un día, cuando Luna tomaba los últimos rayos de sol en la cocina, apareció el entrenador, con el propósito de hacerla entrar por el carril.

X

En un principio, Fabiana no supo cómo interpretar el significado del obsequio canino que Alejandro le estaba entregando. ¿Qué intentaba con eso? Nunca había tenido una mascota.

¿Por qué se apareció con una? Ella lo necesitaba a él, no a una criatura que solo podía generarle problemas y responsabilidades. Sin embargo, al ver el entusiasmo en el rostro de quien tanto amaba, decidió darle una oportunidad a la perrita que la veía con curiosidad. La dejó entrar a su casa, sospechando que muy pronto estaría ocupando un espacio en su corazón. No pudo imaginar que, con ella, su vida dejaría de ser lo que fue hasta ese momento.

En Luna desbocó el amor que no pudo darle a un hijo. Se preguntó si no había cometido un error al evitarlo. Ella quiso tenerlo con Alejandro. ¿En qué condiciones hubiera sido? Así, como se negó a dejar sin padre a sus hijas, tampoco le asistía el derecho de criar el suyo bajo el estigma de una madre soltera. Con Luna menguaba la tristeza que le venía abrumando en los últimos tiempos. Al igual que una madre consentidora, le permitía traspasar los límites de lo aceptable, según las personas que le criticaban su proceder. Para bien o para mal, ella disfrutaba de las travesuras de su mascota.

La cuidaba tanto que, apenas notaba que algo en ella no andaba bien, corría a la clínica veterinaria para que la revisaran. En la clínica, a las asistentes les causaba risa verlas llegar con tanta frecuencia. A Fabiana poco le importaban los comentarios que pudieran hacer al respecto. Luna era su hija y tenía que velar por su bienestar. En una de esas visitas, después de comprobar que la mascota gozaba de perfecta salud, el veterinario le dijo:

—Señora, creo que necesita consultar a un psicólogo.

—¿Un psicólogo canino?

—No, un psicólogo para usted —respondió, mientras sonreía.

Al darse cuenta de que era una broma, Fabiana soltó una carcajada:

—Ay, doctor, no se imagina cuánto me preocupo por ella.

—Es una perrita muy afortunada. Sígala cuidando así.

Luna era terrible. Tomaba las cosas que encontraba a su paso para acabar con ellas a fuerza de mordiscos. Las patas de sillas y mesas eran las víctimas preferidas de sus colmillos. Macetas, zapatos y almohadas no podían escapar de sus impulsos destructores. Frente a tantos destrozos, tomaron una decisión. Comenzaron las clases con el entrenador. En su presencia, demostraba lo inteligente que era porque aprendía con facilidad. La alegría de Fabiana se esfumaba cuando concluía la clase. Una vez lejos el entrenador, Luna olvidaba lo que le habían enseñado y regresaba a sus andanzas. Desesperada, Fabiana comenzó a pensar en soluciones alternas, hasta que recordó que alguien le había recomendado consultar en cualquier buscador en la Web.

Hasta entonces, la computadora le había servido solamente para descargar cifras, elaborar informes y estados financieros. Ella, que nunca se había interesado en explorar las bondades de internet, ahora preguntaba cómo podía utilizarlas a su favor. El buscador la lanzó a una lista internacional de amantes y cuidadores de la raza *basset hound*. Decidió escribir a los integrantes de una página argentina. Por ellos supo que debía ser paciente. Luna pertenecía a una de las razas más inquietas y tozudas que existían. Le aseguraron que, en menos de dos años, se convertiría en una de las perritas más dóciles que se pudieran encontrar. Ese fue el inicio de una maravillosa amistad.

XI

Los cambios comenzaron para beneplácito de Alejandro. Llevarle a la cachorra había sido una decisión acertada. La transformación de la actitud de Fabiana era evidente. La paz y la armonía volvieron a su alma. Él experimentó de nuevo la sensación de ser el dueño de sus nobles sentimientos; el temor a perderla se esfumaba. Apenas abría la puerta, humana y animal lo recibían como el ser más importante de sus existencias. La suerte le daba el chance de rescatar esa sensación de seguridad que era el basamento de una relación que permanecía a pesar de las dificultades.

Le extrañaba esa especie de comunión entre las dos. Parecía que dominaban un lenguaje particular, que a él le era imposible entender. Sin embargo, le gustaba ver cómo disfrutaban de su compañía. Porque Luna era posesiva, y trataba de permanecer a un lado de Fabiana en todo momento. En ocasiones, cuando los tres descansaban en la cama, la voluntariosa perrita lo empujaba con sus patas regordetas, hasta obligarlo a sentarse en otro lugar. Fabiana reía enternecida, mientras a él se le introducía en el ánimo el aguijón de los celos.

¿Cómo se atrevía? ¿Acaso él no era el responsable? Desde su sitio, él observaba el comportamiento de Fabiana

hacia Luna. El ver que la consentía como si fuera su hija, lo llevaba a pensar lo buena madre que hubiera sido, si él hubiera tenido el valor de apartar el egoísmo que le cercenó a ella la posibilidad de tener un hijo. Si no con él, con otro. No podía prescindir de ella. Frente a esa imagen de amor y de ternura, deseó poder volver el tiempo para arreglarlo. Era un pensamiento estúpido; ahora no había nada que hacer. Porque el momento era aquel, cuando ella consideró que no era conveniente. Y cuando el momento se va, ya no vuelve más.

Fabiana le escribió al grupo argentino y a él le pareció muy bien. Luna se volvía cada vez más insoportable. Si no se decidía a decirle que eligiera entre los dos, era porque temía escuchar la respuesta. Esa mujer manifestaba amar a su mascota casi hasta el delirio. Y como si eso no fuera suficiente, Fabiana pasó de comunicarse por correo a mantener extensas conversaciones por Messenger con unas personas totalmente desconocidas. Lo que para Alejandro significó, en su ausencia, una distracción para ella, se fue convirtiendo en algo que no debía ignorar. Porque cada vez le dedicaba más tiempo a Luna, hasta cuando él estaba en su casa. Sutilmente, como si no tuviera la menor importancia, comenzó a preguntarle con quiénes se comunicaba. Los nombres masculinos resonaron en sus oídos como una advertencia. Las espinas de la desconfianza comenzaron a hostigarlo.

La relación cibernética podía ser peligrosa para sus intereses. Si no le ponía coto, ella acabaría comprendiendo que, más allá de los dos, el mundo estaba dispuesto a mostrarle una minuta de posibilidades. Podía utilizar el don de la manipulación, pero ese nunca había sido su estilo. Además, no le secundaba el derecho a hacerlo, mientras la

imposibilidad de ofrecerle una vida distinta no estuviera a su alcance. ¿Algún día lo estaría? ¿De verdad la amaba tanto que no podía permitirle mirar otros horizontes?

XII

Fabiana había cambiado, pero estaba segura de que no era por él. Se lo debía a Luna y a los nuevos amigos que habían llevado un haz de luz a la oquedad de su existencia. Aunque continuaba amando a Alejandro, en el fondo sabía que las cosas no marchaban bien para ella. No se lo decía porque aún conservaba la esperanza de que pudieran recuperar esa etapa donde, a pesar del matrimonio y sus hijas, habían sido tan felices. Además, la posibilidad de rehacer su vida con otra persona no entraba en sus planes. Los mejores años de su vida ya se habían ido. La ausencia de amor no era buena; lo sabía muy bien. Rechazaba la idea de una vida sin él. Por eso enmudecía ante una realidad que no era capaz de ocultar.

Messenger se le hizo imprescindible. Contactarse con sus amigos, una necesidad. Cada vez que se sentaba frente a la computadora, siempre había alguien dispuesto o dispuesta a hablar con ella. A través de escritos, pero que le permitían percibir, de alguna manera, cómo eran ellos. Al principio, hacían comentarios sobre sus mascotas, sus particularidades y sus travesuras. Después de unas semanas, las conversaciones tomaron el matiz de lo personal. Ella no tenía por qué contarles sobre su relación sentimental,

aunque nunca faltaba quien quisiera saber por qué Alejandro no se unía al chat, sobre todo, en altas horas de la noche, cuando él debería estar en casa.

La invitación a viajar a Buenos Aires, con la idea de conocerse personalmente, la tomó por sorpresa. Quizás había sido una mera cortesía, como para darle a entender que, a pesar de lo virtual, comenzaba a germinar una bonita amistad. Luego de entender que la cosa era en serio, quiso saber por qué le hacían una invitación a alguien de la que no tenían ni la más mínima idea. Las apariencias podían engañar. ¿Cómo determinar que ella no era una psicópata o una asesina serial?

—Quienes aman a los animales son, generalmente, buenas personas —respondieron.

Fabiana pasaba los días meditando sobre el viaje. La ocasión la pintaban calva, decía el vulgo. Ella no estaba para ignorarla. La invitación había llegado en el mejor momento. Porque, si lo pensaba bien, una escapada fuera del país, con Alejandro, era lo que necesitaba para reconciliarse con su vida en común. Quería sorprenderlo. Por eso, comenzó a programar el *tour*, sin que él participara en el proceso. Cuando todo estuvo a punto, lo invitó a almorzar para comunicarle sus planes.

—Mi amor, ¿te comenté que mis amigos me invitaron a Buenos Aires?

—Sí. Y te respondí que eran una cuerda de locos sin oficio.

—Yo no lo veo así. Quiero que me acompañes.

—Tú sabes que no puedo ausentarme.

—Lo sé. Por eso, estoy dispuesta a que hagamos un viaje corto.

—¿Cuán corto?

—Tengo vacaciones vencidas; podía quedarme allá un mes. Si vas conmigo, lo reduzco a cuatro días.

—No puedo.

—¿Cómo no vas a poder? Nunca te he pedido nada. Por favor, haz el esfuerzo.

—No puedo.

Tratando de ocultar su decepción, Fabiana continuó:

—¿Te imaginas lo que sería estar solos, en esa ciudad? ¿Visitando lugares maravillosos, perdiendo el tiempo a nuestro antojo y haciendo el amor, como nunca antes? Anda, di que tienes que viajar por cuestiones de trabajo…

—Ya te dije que no puedo. Y, si yo no voy, tú tampoco.

—¿Yo tampoco? Pues, ¡sí que voy! Porque si no lo hago, siento que me ahogaré. Mucho más, me moriré, porque ya no aguanto seguir esperando por ti, como Penélope en el andén.

—Seguramente tienes un hombre allá.

—La verdad, no. Si conozco a alguien y me atrae, ¿quién será el responsable?

XIII

Los celos terminaron por traicionarlo con unas palabras que no debió decir. La ofendió y eso era imperdonable. Fabiana jamás le había dado un motivo para dudar de ella. Como si eso no fuera suficiente, agravó la situación permitiendo que la ira hablara por él. ¿Por qué eran tan importantes esos amigos? En otros tiempos, ella hubiera desechado la invitación, sin tener él que pedírselo. Las cosas habían cambiado. En todo caso, era un desconsiderado. Ni siquiera pudo evaluar las concesiones que ella estaba dispuesta a ofrecer. Un viaje de un mes, reducido a cuatro días, si él se decidía a acompañarla. ¿Por qué se negó a complacerla? Pudo encontrar una excusa e irse con ella. No quiso crear suspicacias en su familia.

No podía hacer otra cosa que acompañarla en el proceso de su aventura. Aceptó cuidar a Luna durante su ausencia. Era una mascota tan tierna, que sus hijas no tuvieron reparos en aceptarla. De camino al aeropuerto, bajo un cielo que lo llenaba de desazón, tropezaron con un derrumbe. Había llovido muy fuerte la noche anterior. Las rocas se desprendieron de la montaña, entorpeciendo el tráfico vehicular. Pensó que sería fantástico que no pudieran alcanzar el vuelo, pero inmediatamente desechó ese

pensamiento. Él no podía llegar a ese extremo. Fabiana se iba, disfrutaría de sus merecidas vacaciones y regresaría a él de nuevo. Ella lo amaba tanto, que sería incapaz de traicionarlo.

Frente a la puerta de embarque, él la observó detenidamente, como tenía tiempo que no lo hacía. No era la misma joven tímida que conoció en una sala de juntas tantos años atrás. Ahora ostentaba el aire de independencia que jamás había tenido. Su rostro reflejaba las huellas de la mujer madura. No obstante, la emoción la rejuvenecía, otorgándole una belleza especial. Antes de cruzar la puerta, Fabiana lo abrazó:

—Amor, lamento tanto que no vayas conmigo.

No quería soltarla. Recordó su entrega incondicional y su infinita comprensión. Quiso decirle que estaba arrepentido, que se quedara. Si le daba la oportunidad, le prometía hacer el viaje juntos, después. Que debió haber dejado atrás sus prejuicios de hombre de familia correcto, que también debió serlo con ella. Pudo decirle tantas cosas, pero las palabras se estancaron en las aguas de la congoja. La dejó ir y ella, con su mano, le dijo «Adiós». En ese momento, algo doloroso brotó desde lo más profundo de su ser: la más triste de las epifanías. Fabiana nunca le había pertenecido y el alma que le entregó, una noche de pasiones y utopías, también se iba con ella.

XIV

Frente a la computadora y con Luna a su lado, Fabiana hacía un recuento de su fabulosa experiencia. Comenzó en el mismo instante en que la puerta de embarque quedó atrás. Una sensación de libertad se expandió por todo su ser. Usando un lugar común, fue como el pájaro al que le abren la puerta de la jaula donde lo mantenían cautivo. A ella, que mantuvo las alas escondidas durante tanto tiempo, se le había presentado la ocasión de extenderlas. El fallecimiento de su padre no se lo había permitido porque, voluntariamente, ella continuó encerrada en otra celda: la de su abnegación por Alejandro.

Llegó a Buenos Aires en primavera, la mejor época del año, bajo una lluvia tan menuda, que casi parecía rocío. La bienvenida no pudo haber sido mejor; la recibieron con gran efusividad. De inmediato, la llevaron a hacer un *tour* por la bella ciudad. Luego, cada día iban a lugares distintos. A Fabiana todo le parecía maravilloso: la arquitectura, con su mezcla de estilos y la evidente influencia europea; el Bosque de Palermo y su profusa vegetación, el Río de La Plata y su iridiscencia fantástica, Caminito y sus historias; San Telmo, abarrotada de tiendas de antigüedades; otros lugares no menos hermosos. El Café Tortoni, donde

pudo conversar con sus amigos, rodeada de las anécdotas atesoradas entre sus muros. En aquella ciudad pudo cumplir su sueño de hablar, cara a cara, con aquellas personas que tanto deseó conocer personalmente.

Después de pasar el día visitando los lugares más representativos, llegaba al hotel muerta de cansancio. En la ventana, contemplando el monumental Obelisco y degustando un delicioso alfajor, Fabiana pensaba en lo extraordinario que hubiera sido compartir esas vivencias con Alejandro. Seguramente, él no lo estaba pasando bien. Ella debió haberle comunicado sus inquietudes. De haberlas sabido, posiblemente, él hubiera hecho lo posible por acompañarla. Sin proponérselo, ella, paulatinamente, fue dejando de ser la misma. Cuando comenzaron su relación, creyó que nada ni nadie la haría cambiar. El tiempo le demostró lo contrario porque, al final, terminó necesitando más de lo que ella aceptó en el pasado.

La persona en el chat, que frecuentemente preguntaba por Alejandro, era un joven amable que siempre se ofrecía a acompañarla en sus paseos, cuando los demás estaban ocupados. Esa cercanía le permitió confiarle cosas que a nadie más, luego de que él le dijera que siempre había sospechado que Alejandro nunca estaba a disposición, no porque se la pasaba trabajando, como ella le aseguraba. Era porque estaba casado. Eso le parecía muy triste, porque una mujer con tan buenos sentimientos era merecedora de alguien que le dedicara todo su tiempo y atención.

—Aquí estoy yo. Libre para vos —afirmó, entre serio y en broma.

Fabiana prefería pensar que era lo segundo, cada vez que se le insinuaba. Aunque era un halago que le exaltaba

el ego, no tenía la menor intención de caer en una aventura sin sentido. No obstante, pesaba cada palabra que él le decía. A su edad, que un hombre joven se fijara en ella le agradaba mucho. Todavía era capaz de despertar admiración. Sus conversaciones y su manera particular de ver la vida le abrieron los ventanales hacia nuevos horizontes. El mundo podía ser como ella lo quisiera. Un día, antes de volver al hogar, el joven le propuso:

—¿Por qué no te quedás, a ver qué pasa? Me gustas mucho.

—No seas loco, yo tengo mi vida hecha. Además, eres más joven que yo. Si hasta puedo ser tu madre.

—No lo digas. Sos joven y linda.

—Mejor conservemos la amistad. Dejo un buen amigo aquí y tú tendrás una buena amiga allá.

—¿Te digo una cosa? No sé si volverás con él. Si no cambia, creo que tu relación no irá a ningún lado. ¿Te digo por qué? Porque la mujer que llegó a esta ciudad, no es la misma que se va.

El viaje resultó mejor de lo que esperaba. Significó el reencuentro consigo misma, con la joven que había decidido un día mudarse al exterior para seguir sus sueños. Aunque este viaje no era una mudanza, le proporcionó seguridad y la convicción de que no era tarde para cambiar. No pensó en los riesgos que podían surgir de viajar sola. Confió en su instinto y no se equivocó. La vida era eso, enfrentar los retos con entereza. Más allá de las cuatro paredes, había un mundo por explorar. Apenas había dado el primer paso, y ya estaba deseando saltar al segundo.

Frente a las mascotas de sus amigos, hermosas y tercas como la suya, sonrió. Las divinidades del destino se divertían trazando las rutas de los mortales, de las maneras más sorprendentes. Por eso, Alejandro se había desviado de su camino, para tropezar con Luna. Ella era el origen de todo lo vivido en los últimos tiempos. Regresó a casa con el convencimiento de que la esperaba una nueva realidad. Había tantas cosas que le gustaría hacer. Seguir viajando, tomar lecciones de orfebrería, pintar un cuadro, aprender a bailar, cambiar de casa para no vivir rodeada de fantasmas y recuerdos…

Sabía que ya no era joven, pero eso no era motivo para ponerle candados al corazón. En todo caso, si la fortuna consideraba que debía quedarse sola, que así fuera. Estaba preparada para ello. Había sido muy feliz con Alejandro. Esa era una gran verdad. Mientras lo fue, estuvo bien. Ahora que no, ¿para qué seguir insistiendo? Cuando el amor, en vez de alegrías, solo proporcionaba tristezas, era mejor dejarlo atrás. Sentía unas renovadas energías correr por sus venas, como las de Buenos Aires en primavera… Fabiana obedeció al impulso de contar su historia y comenzó a teclear: *La primavera no solo es una estación llena de simbolismo y belleza. Es la energía que alimenta el alma y la mantiene joven, mientras sigamos teniendo esperanzas...*

ÍNDICE

Era una mañana de esas que encendían el espíritu.	11
I	15
II	19
III	23
IV	27
V	31
VI	35
VII	39
VIII	43
IX	45
X	49
XI	53
XII	57
XIII	61
XIV	63

Primavera en Buenos Aires
se imprimió en el mes de octubre de 2026
en Organización Gráficas Capriles
Caracas, Dtto. capital, Venezuela
Son 300 ejemplares

VII BIENAL NACIONAL DE LITERATURA
RAFAEL ZÁRRAGA
NARRATIVA - 2025



OLGA CORTEZ BARBERA

PRIMAVERA EN BUENOS AIRES

Fabiana, en la medianía de sus cuarenta, decide cambiar la ruta de su vida por sus propias consignas. Entre sus reflexiones y encuentros deberá tomar un camino que la saque de su zona de confort; aunque quizás no todo salga según lo planeado, como suele ocurrir con las situaciones de vida en donde la conformidad y la complacencia ya no tienen cabida. El dilema está en atreverse a vivir su propia primavera.

OLGA CORTEZ BARBERA (Caracas,1953)
Economista (UCV). Ganó el tercer premio y mención especial en el Concurso de Cuentos Infantiles El Mangrullo 2009, con «Los dulces secretos de mi abuelo» y «El secreto de un vampiro» (Argentina); y el segundo lugar en el IX Concurso Anual de Cuento Breve de La Librería Mediática y TV Lecturas 2012, con «Vanidad». Entre sus publicaciones se cuentan: *El baile de los hecatónquiros* (novela, Fondo Editorial Ipasme, 2008); *Orejón* (Fundación Editorial El Perro y la Rana, 2011); *Canta la cascada,* poemario (Asociación Uruguaya de Literatura Infantil-Juvenil, 2011); *La Vaquita Pandetela*; *El balcón de las trinitarias,* y *El baile de los hecatónquiros* (todas en Sultana del Lago, 2025).

ISBN: 978-980-012-608-0
9 789800 126080

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA
Ministerio del Poder Popular para la CULTURA

www.mincultura.gob.ve | @mincultura_ve